

cionado): tal es la regla áurea en teología como en aritmética, causante de la mejor armonía en una iglesia, que no es tal la unión forzada y exterior de mentes frías y neutrales e íntimamente divididas.

Lores y Comunes de Inglaterra, considerad de qué nación sois, qué nación gobernais; no es ella opaca y obtusa sino de espíritu vivo, ingenioso y penetrante, para la invención aguda, en el discurso recia a la vez que sutil, no de tema alguno desalcanzada, ni del más cimiento sobre el que pueda cernerse la criatura humana. Así los estudios del saber en sus ciencias más profundas fueron tan antiguos entre nosotros, y descollados, que escritores de buena antigüedad y juicio competentísimo anduvieron persuadidos de que aun la escuela de Pitágoras y la sabiduría persa arrancaron en sus comienzos de la añeja filosofía de esta isla. Y ese cuerdo y civil romano, Julio Agrícola, que aquí una vez gobernara por el César, prefería los naturales ingenios de Britania a los forzados estudios de los galos. Ni es por vano antojo que los graves y frugales transilvanos envían todos los años, tan lejos de los confines

montañosos de Rusia, y más allá de los páramos hercinios, no su mocedad, sino sus hombres hechos, para que aprendan nuestro lenguaje y nuestras artes teológicas.

Pero en cuanto a lo que está más arriba que todo ello, el favor y amor del Cielo, gran argumento nos asiste para pensar que de especial modo nos es propicio y a nosotros se inclina. ¿Por qué si no fué esta nación antes que otra ninguna escogida para que desde ella, como desde Sión, fueran proclamadas y repercutieran las primeras noticias y trompetas de la Reforma hacia toda Europa? Y si no hubiera sido por la obstinada perversión de nuestros preladados contra el admirable, divino espíritu de Wickliff, a quien suprimieron por cismático e innovador, acaso ni los bohemios Huss y Jerónimo ni los nombres de Lutero y Calvino hubieran sido jamás conocidos; la gloria de reformar a todos esos vecinos hubiera sido totalmente nuestra. Pero habiendo nuestro clero cabeciduro hollado violentamente aquella ocasión, quedaron por escolares atrasados y zagueiros aquellos a quienes Dios ofreciera ser maestros. Mas ya ahora por cabal concordancia de

señales y general instinto de varones devotos y santos, según la solemne expresión cotidiana de sus pensamientos, decreta Dios el comienzo de algún nuevo y notable período de su Iglesia, en que se reforme aun la misma Reforma; ¿qué hace, pues, sino revelarse a sus sirvientes, y, según su estilo, primero a sus ingleses? Digo que según su estilo por nosotros empieza, aunque no es nuestro el diseño de sus consejos, e indignos somos.

Contemplad ahora esta ciudad amplísima, ciudad de refugio, solar de la libertad, abarcada y ceñida por su protección; no tuvo la forja guerrera más yunques y martillos en vela para el labrado de armadura y armamento de la Justicia en defensa de la Verdad cercada, que esta ciudad plumas y cabezas junto a sus lámparas estudiosas, cavilando, escurcando, resolviendo nuevas nociones e ideas como ofrenda, con su homenaje y fidelidad, a la Reforma que se viene allegando; mientras con igual diligencia otros leen, y cada cosa tantean, asintiendo a la fuerza de la razón y el convencimiento. ¿Podría requerirse más de nación tan flexible y rendida en su busca conocien-

te? ¿Qué faltará a suelo tan agradecido y grávido sino fieles y sabios labradores para suscitar un pueblo entendido, una nación de profetas, de sabios y beneméritos? Calculamos que habremos de esperar más de cinco meses para la cosecha; no es necesario que se trate de cinco semanas; si ojos tuviéramos para avizorar altamente, veríamos que los campos ya blanquean.

Donde hay mucho deseo de aprender, de necesidad habrá mucho argüir, muchos escritos, muchos pareceres; porque el parecer en los buenos no es sino conocimiento en formación. Con esos fantásticos pavores de sectas y cismas perjudicamos el grave, celoso afán de conocimiento y entendimiento que Dios despertara en esta ciudad. De lo que algunos se lamentan, debiéramos regocijarnos; mejor merece encomio esta piadosa celeridad entre los hombres para de nuevo cobrar en sus manos la infamada solicitud de su Religión. Un tanto de prudencia generosa, un tanto de recíproca indulgencia y algún grano de caridad podría conseguir que todos esos ahincos se enlazaran y unieran en una general, fraterna busca de

la Verdad, con sólo que renunciáramos a esa tradición prelacial de apiñar conciencias libres y libertades cristianas en cánones y preceptos de hombres. No dudo que si algún digno extranjero de nota viniera a una estadía entre nosotros, sabido en el discernimiento del molde y carácter de un pueblo y modo de su gobierno, daría, ya por él observados nuestros grandes propósitos y esperanzas y la ansiosa presteza de nuestros bien explayados pensamientos y razones en pos de la verdad y la libertad, el mismo grito de Pirro, al admirar la disciplina y valor de los romanos: Si tales fueran mis epirotas, no desesperara del mayor desig-nio jamás intentado: hacer felices a Iglesia o reino.

Y esos, con todo, son los hombres pregonados cismáticos y sectadores; como si, mientras el templo del Señor levantara su fábrica, y unos aseraran, y otros cuadraran el mármol, y otros desbastaran los cedros, anduviera por allí una casta de hombres irracionales que no advirtieran cuan precisos vienen a ser muchos cismas y buen número de disecciones en la cantera y en el maderaje antes que la casa

de Dios sea erigida. Y cuando cada piedra es diestramente colocada, no puede estar unida en pura continuidad, ni llegará a estar en este mundo sino contigua; ni cada pieza del edificio será de forma pareja: es más, la perfección mejor consiste en que, de muchas comedidas variedades y fraternas desemejanzas no vastamente desproporcionadas, nazca la excelente, graciosa simetría que aventaja a todo el volumen y estructura.

Seamos, pues, más considerados constructores, más sabios en arquitectura espiritual, cuando en expectación de gran reforma vivimos. Porque ya parece el tiempo llegado de que Moisés, el sumo profeta, se alegre en su célico sitial, cumplida su aspiración gloriosa y memorable de que no sólo nuestros setenta ancianos, sino todo el pueblo del Señor, aparezca profeta. No será entonces maravilla que algunos hombres, y acaso también de los buenos, pero mozos en bondad, como Josué era entonces, les envidien. Impaciéntanse, y a causa de su propia flaqueza viven en agonía, por temor a que esas divisiones y subdivisiones nos lleven a la ruina. Vuelve a aplaudir el adversa-

rio, y acecha su hora: Cuando bastante se habrán ramificado, dice, en partes y partecillas, será nuestra hora venida. ¡Necio! no ve la raíz robusta, de que todos crecen, aunque esparcidos en ramas; ni andará más cauto hasta que vea nuestros pequeños manípulos divididos cortando a través de cada ángulo de su brigada desunida y mal llevadera. Y de que nos conviene mejor esperanza de todos estos supuestos cismas y sectas, y de que no habremos menester esa solicitud, honrada acaso, aunque sobremanera despavorida en los por tal cuenta hostigados, y de que habrán de reírse en su día los aplaudidores maliciosos de nuestras diferencias, tengo estas razones que me persuaden:

En primer lugar, cuando una ciudad se halla como cercada y bloqueada, infestado su río navegable, con irrupciones y acometidas a su alrededor, con recelo y batalla propalados como alcanzando hasta sus muros y trincheras suburbanas, el hecho de que entonces el pueblo, o su mayor parte, más que en otras ocasiones se entregue del todo al estudio de las más altas e importantes materias de reforma, discutiendo, razonando, leyendo, inven-

tando, disertando, a las veces del modo más raro y admirable, sobre cosas nunca antes discurridas, ni mentadas en escritos, arguye primero singular bienquerencia, contento, y confianza en vuestra sagaz previsión y asentado gobierno, Lores y Comunes; y de esto mismo nace un bizarro denuedo y bien fundado menosprecio de los enemigos, como si hubiere no estrecha numerosidad de valientes espíritus entre nosotros, de parecida traza al de aquel romano que, ya casi cercada la urbe por Aníbal, compró, desde la ciudad, y a no menguado precio, la pieza de tierra en que el propio Aníbal tuviera acampada la hueste.

Ello es, además, animado y alegre presagio de nuestro suceso afortunado y victoria. Porque así como en un cuerpo el estar la sangre fresca, puros y vigorosos los humores, arguye el buen desempeño y constitución del cuerpo, no sólo para las facultades vitales, mas aún para las racionales, y estas en las más agudas operaciones de ingenio y despejo, también cuando la jovialidad del pueblo tan vivazmente surge, que no sólo posee con qué guardar debidamente su libertad y seguridad, sino además

su buen sobrado para emplearse en los puntos más sólidos y levantados de la controversia y nueva invención, ella nos muestra no degenerados, no abocados a fatal decadencia, sino descartadores de vieja, surcada piel de corrupción para sobrevivir a estas angustias y volver a mozos, a fin de entrar en rumbos de verdad y próspera virtud, destinados a honor y grandeza de estas edades tardías. Antójaseme ver una noble y poderosa nación despertando como recio varón después del sueño, y sacudiendo las invencibles guedejas. Antójaseme verla como un ánguila maullando su poderosa juventud, y prendiendo los no deslumbrados ojos en el pleno fulgor del mediodía, purgando y descostrando su vista, por tanto tiempo envilecida, en la fuente misma del resplandor celeste; mientras todo el vocerío de asustadizas aves bandaderas, con aquellas, también, enamoradas del crepúsculo, aletean alrededor, ante el intento de ella asombradas, tal vez pronosticando en su envidiosa algarabía un año de sectas y cismas.

¿Qué gustaríais, pues, de hacer? ¿Suprimir acaso toda esa florida cosecha de conocimiento

y nueva luz manada y aún día tras día manando en esta ciudad? ¿O instaurar una oligarquía de veinte acaparadores sobre ello, para que vuelvan nuestras mentes a padecer hambre, cuando sólo conozcan lo para nosotros medido en su celemín? Dadme fe, Lores y Comunes: los que tal supresión os aconsejan vienen a aconsejaros que os suprimais a vosotros mismos; y no dilataré mostraros de qué suerte. Si se quisiere saber la inmediata causa de todo este libre escribir y hablar, no se le llegará a asignar una más cierta que vuestro humano, libre y benigno gobierno. Lo que vuestros valerosos y felices consejos, Lores y Comunes, nos mercaron es la libertad, nutricia de todos los grandes ingenios; ella es quien refinó e iluminó nuestros espíritus como la celestial influencia; ella la que nos dió franquía y holgura y elevó nuestras aprehensiones unos grados arriba de su nivel primero.

No podeis hacernos ahora menos capaces, menos entendidos, menos anhelosos de la busca de la verdad a menos que os hagais vosotros, que nos hicísteis tales, menos amantes, menos fundadores de nuestra libertad verdadera. Po-

demos volvernos otra vez ignorantes, abrutados, hueros y serviles como nos hallásteis. Si nuestros corazones son ahora más capaces, nuestros pensamientos mejor enderezados a la búsqueda y expectación de las cosas mayores y más exactas, ello es progenie de vuestra virtud en nosotros propagada; y no podeis suprimirlo a menos que restablezcáis la derogada, impía ley de que los padres maten, si les viniere en gana, a sus hijos. ¿Y quien estará entonces más pegado a vosotros y excitará más a los restantes? No el que aprecia en las armas escudo y escolta, y sus cuatro monedas de Danegelt.\* Aunque no censure la defensa de las justas inmunidades, prefiero empero mi paz, si acabara aquí todo. Dadme la libertad de saber, de hablar y de argüir libremente según mi conciencia, por cima de todas las libertades.

No me compete decir qué será lo más aconsejable, si por tan dañoso, por tan injusto se tiene suprimir opiniones por su novedad, o su inadaptación a lo acogido por la costum-

\* Antiguo tributo pagado al invasor danés. (T.)

bre. Sólo repetiré lo que aprendí de quien perteneciera a vuestro número honorable: nobilísimo y piadosísimo lord, de quien diré que si no hubiera sacrificado su vida y fortunas a la Iglesia y la república, no lloráramos, sentidos de su pérdida, a un digno y segurísimo valedor de este argumento. Tengo por cierto que le reconocéis, pero por su honra, y pueda serle ésta imperecedera, diré el nombre de Lord Brook. Al escribir sobre la prelación, y hablar al paso de sectas y cismas, os legó su voto, o mejor las últimas palabras de su cargo expirante, que sé que han de mereceros perennemente cara y preciada consideración, tan llenas de mansedumbre y respirando caridad, que después del último testamento del Señor, en que Él legara el amor y la paz a sus discípulos, no sé recordar si habré leído palabras más benignas y apacibles. Porque en efecto nos exhorta a oír con paciencia y humildad a quienes por mal renombre que se les diere, desearan vivir puramente, en aquel su uso de las prescripciones divinas, como guía mejor de su conciencia, y tolerarles, aunque en algo estén de nosotros disconformes. El propio libro os ha-

blará más holgadamente, como dado al mundo y dedicado al Parlamento por quien no mereció por su vida como por su muerte que, sin parar mientes en él, ande desatendido su consejo.

Y ahora, por buen privilegio, es señalado tiempo de escribir y hablar sobre cuanto pueda valer al ulterior debate de las materias aventadas. El templo de Jano con sus dos caras en controversia, pudiera, no sin sentido, quedar abierto. Y aunque todos los vientos de la doctrina, desatados, acometieren la tierra, mientras la Verdad no levantara el campo, será agravio de ésta seguir licenciando y prohibiendo, como en incertidumbre de su fortaleza. Entre ella en agarrada con el Engaño; ¿quién supo jamás de vencimiento de ella en libre y paladino encuentro? Su confutación es el medio mejor y más seguro de suprimir lo dañoso. Quien oye tantas imploraciones de luz y más claro conocimiento de que sobre nosotros descienda, entenderá que otras materias merecen ejecución además de la disciplina de Ginebra, ya fabricada y ajustada como para nuestras manos. Mas cuando la nueva luz que reclamamos

viene a brillar sobre nosotros, hay quienes envidian y se oponen si no pasa primero por sus ventanas. ¿Qué colusión es esta? mientras nos exhorta el sabio a usar diligencia, a buscar la sabiduría, como si de tesoros celados se tratara, mañana y tarde, viene a obligarnos otra orden que nada conozcamos sino lo mandado. Cuando tal hombre que se afanara en el trabajo más duro, sumido en las minas del conocimiento, ha sacado sus hallazgos todos del envoltorio y ordenado todas sus razones como en batalla, y desparramado y deshecho todas las objeciones a su paso, ya luego llama a su adversario en la llanada, y le ofrece la ventaja de viento y sol, si él gusta, mirando sólo a que tantee la materia valido de argumentos: mas si sus adversarios quieren entonces remolonear, disponer emboscados, guardar un angosto puente de licencias por donde el retador deba pasar, ello, aunque valor bastante en arte de soldados, no es sino flaqueza y cobardía en las guerras de la Verdad.

¿Por qué quien ignora que la Verdad es fuerte, cercana del Altísimo? No necesita tácticas ni estratagemas ni licencias que la hagan

victoriosa; ardides y defensas son esas como para que el error descalce el poder de ella. No pide ella sino espacio, y que no la aten en el sueño, porque entonces habla incertezas, como hiciera el viejo Proteo, que mentía oráculos sólo cuando habido y sujeto; asume entonces todas las formas, salvo la suya, y tal vez acompaña la voz según el tiempo, como Miqueas hizo ante Achab, hasta ser conjurado a que hablara en propia identidad. Pero, con todo, no es imposible que pueda cobrar más de una forma. ¿A qué si no toda esa categoría de cosas indiferentes, en que la Verdad puede hallarse en este o el otro lado, sin mengua de su naturaleza? ¿Y será más que una vana sombra la abolición de este rito, esos caracteres trazados por mano, clavados a la cruz? ¿Qué suma ganancia es esa libertad cristiana de que tan a menudo Pablo se envanece? Es su doctrina, que quien come o no come, observa un día o no lo observa, puede hacer ambas cosas en el Señor. ¡Qué otra copia de cosas podrían ser toleradas en paz, dejadas a la conciencia, con sólo tener caridad, y no usar como principal

baluarte de nuestra hipocresía el perpetuo juicio unos de otros!

Temo que este férreo yugo de la conformidad exterior habrá dejado huella servil en vuestros cuellos; el fantasma de una licencia revestida de lino nos obsesiona aún. Damos traspies, y no soportamos la menor divisoria entre una y otra congregación visible, aunque no discurra por lo fundamental; y mediante nuestra prontitud en descartar y nuestra negligencia en recobrar cualquier sojuzgado fragmento de la verdad metido en el puño del aduanero, no cuidamos de que estamos rasgando una de otra verdad, que es el más fiero desgarramiento y desunión de cuantos haya. No nos damos cuenta de que, mientras todavía aceptamos por todos los medios imaginables una rígida formalidad exterior, podemos sin gran dilación caer de nuevo en una crasa estupidez conformista, en una rígida y muerta congelación de monte, pasto y rastros, constreñida a la vez que glacial, lo que es peor para la súbita degeneración de una Iglesia que muchas subdicotomías de cismas exiguos.

No por eso apruebo toda separación a la ligera, o que en una Iglesia no quepa esperar sino oro y plata y ricas gemas: no le es posible al hombre desunir el trigo de la zizaña, el rico pescado de los peces ruines; ello acacerá por ministerio de ángeles en las postrimerías de las cosas mortales. Mas si no pueden todos ser de igual parecer —¿y quién aspirará a tanto?— será sin duda más saludable, más prudente y más cristiano que sean muchos tolerados, antes que todos constreñidos. Y no entiendo que se tolere al papismo y declarada superstición que, pues extirpa todas las religiones y supremacías civiles, deberá ser también extirpado, con tal de que primero a todo medio caritativo y piadoso se acuda para persuadir y recobrar al débil y descarriado: pues por otra parte lo absolutamente impío y reprobado contra la fe o las costumbres no podrá permitirlo ninguna ley que no se proponga hacerse ella misma ilícita: mas me refiero a esas cercanas diferencias, o mejor indiferencias, bien sea en algún punto doctrinal, bien en algún extremo de la disciplina, las cuales, aunque fueren muchas, no deberán interrumpir la unidad

de Espíritu, como acertemos a descubrir entre nosotros el vínculo de la paz.

Y si en tanto alguien escribe aportando mano servicial a esta despaciosa Reforma a la que rendimos nuestro trabajo, y como la Verdad le hubiere hablado antes que a los restantes o al menos pareciere romper a hablar, ¿quién no se habrá jesuitizado tanto que ya hostiguemos a ese hombre exigiéndole licencia para hecho tan levantado? Y ello sin considerar que, si de prohibir se trata, nada será más fácilmente vedado que la verdad misma, cuyo primer amanecer a nuestros ojos, empañados y oscurecidos por el prejuicio y el uso, es más deforme e inadmisibile que muchos errores, del propio modo que no pocos grandes hombres son en su persona de traza fútil y despreciable a la mirada ajena. Y ¿a qué nos hablarán vanamente de nuevas opiniones, cuando la opinión de ellos, esto es, que nadie deba ser oído sino quien les agradare, es la peor y más reciente de cuantas opiniones hay, ya causa primordial de tanto abundamiento de sectas y de cismas, y de que el verdadero conocimiento sea de nuestro alcance alejado; y todo eso sin con-

tar con un peligro mayor que en tal práctica se encierra.

Porque cuando Dios agita un reino con fuertes y saludables conmociones para su universal reforma, podrá no ser falso que muchos sectarios y maestros fementidos anden atareados en menesteres de corrupción, pero es más cierto que Dios eleva entonces a su labor a hombres de raras capacidades e industria que a la común excede, no sólo para considerar lo pretérito sino también para avanzar sabiamente unos pasos en el descubrimiento de la verdad. Porque tal es el orden de Dios al iluminar su Iglesia: dispensar y derramar por grados su fulgor, para que nuestros terrenos mejor lo sobrelleven.

Ni a Dios se le señala y demarca donde y desde qué lugar serán oídas las palabras de esos sus escogidos: porque Él no ve como viera el hombre ni escoge como el hombre escogería, a fin de que no nos entreguemos a buscar parajes y asambleas y llamados superficiales de hombres, enarbolando una vez nuestra fe en la antigua casa de la Convocación, y otra vez en la Capilla de Westminster; cuando toda la

fe y religión que allí apareciere canonizada no bastará sin un convencimiento franco y esa caridad de la paciente enseñanza que trata con bálsamo la menor magulladura de conciencia, para edificar al cristiano más mezquino; y que desea pasar adelante en el Espíritu y no en la letra de la confianza humana, por más voces que allí resonaren, y hasta si el mismo Enrique VII con todas las tumbas vasallas que le rodean, las prestase, para nutrir su número, las voces de los muertos.

Y si en error se hallaren los hombres que parecen cabeza de cismáticos, ¿no será únicamente nuestra pereza, nuestra porfía y desconfianza de la buena causa lo que nos impida hallarles con ánimo afable, y con el mismo despedirles, y examinar y discutir aquella materia en su integridad, con liberal y frecuente audiencia, si no por su causa por la nuestra? Pues es sabido que todo hombre que hubiere catado el saber confesará sus hartos medios de aventajamiento por concurso de aquellos que, no contentándose con recetas manidas, aciertan a conseguir y a manifestar nuevas posiciones al mundo. Y aunque no fue-

ran ellos sino polvo y cenizas de nuestros pies, mientras puedan servir en tal condición para el pulimento y brillo de la armadura de la Verdad, aun por esta causa no deberán ser totalmente desechados. Pero si fueren de aquellos a quienes Dios hubiere valido para el especial uso de estos tiempos con dones importantes y colmados, y acaso no figuraren entre los sacerdotes ni entre los fariseos, y nosotros en la prisa de un afanoso celo no hiciéramos distinción, antes nos decidiéramos a tapar sus bocas, por temor a que vinieran con novedades y arriesgadas opiniones, como ordinariamente juzgamos antes de comprenderlas, ¡desdichados de nosotros si, al creer defender de esta suerte el Evangelio, resultáramos sus perseguidores!

Desde el principio de este Parlamento no fueron pocos los que, perteneciendo o no al Presbiterio, con sus libros sin licencias, desdeñosos de un *Imprimatur*, fueron primeros en quebrar ese triple hielo aferrado a nuestros corazones, y enseñaron al pueblo a ver el día: y espero que ninguno de ellos abogó para que se renovara en nosotros esta servidumbre que

menospreciaron, con tal provecho para nosotros. Pero si ni el freno a que Moisés sometiera al mozo Josué ni la contraorden de nuestro Salvador al mozo Juan, tan dispuesto a cohibir a quienes tenía por faltos de licencias, bastaren a prevenir a nuestros Ancianos cuan inaceptable sea para Dios su enojadizo talante prohibitorio; si ni siquiera su propio recuerdo del mal que hiciera abundar en la Iglesia el estorbo de tal venia, y el bien que ellos mismos empezaron al saltársela, fuera suficiente, y no cesaran en convencernos de esta más dominicana parte de la Inquisición y en llevarla a cabo, y estuvieran ya con el pie en el estribo lanzados a suprimir, no fuera desigual distribución, en primer lugar, suprimir a los mismos supresores: que a quien mudanza de condición más engriera, mejor aleccionará la experiencia de peores tiempos.

Y en cuanto a la regulación de las prensas, no habrá quien tenga la honra de aconsejaros mejor que vosotros mismos, en los términos de la Orden publicada antes que la presente: "ningún libro sea impreso como el nombre del impresor y el del autor, o al menos el del prime-

ro, no estuvieren registrados". Los que de otra suerte aparecieren, si resultaren dañinos o calumniadores, darán con el fuego y el ejecutor: no sabría usar remedios más oportunos y eficaces la prevención humana. Porque esta auténtica disciplina española del licenciamiento de libros, si no hablé ociosamente, resultará dentro de poco el libro más desamparado de licencias; y fué inmediata imagen de un decreto de la *Cámara de la Estrella* a tal fin dictado en los tiempos en que dicho tribunal se apoyaba en tales obras piadosas, por las cuales cayó de las estrellas con el propio Lucifer. Por lo cual os será fácil adivinar qué clase de política prudencia, qué amor del pueblo, qué solicitud religiosa o tutela de las costumbres habría en dicho empeño, aunque con singular hipocresía pretendiera constreñir los libros al buen comportamiento. Y dado que convenga creer a los hombres cuya profesión les mueve a ser más averiguadores, si este decreto llevó al fin ventaja a vuestra Orden anterior y de tan buena traza, cabrá sospechar que fué a consecuencia del fraude de algunos añejos patentados y monopolizadores del comercio librero, los cuales

con el pretexto de que los menesterosos de su gremio no vieran expoliados, y mirando a la justa retención por cada cual de ellos de sus diversos ejemplares, que ¡ay si no les fueren atribuídos!, se encaminaron a la Cámara con lucidos pretextos, que eso fueron y no más, sin servir a más objeto que al ejercicio de su superioridad sobre los vecinos: hombres que no trabajaran, en una profesión honrada a la que está reconocido el saber, para convertirse en vasallos de otros hombres. Y se cree a otro fin tendían algunos de aquellos al procurar por su demanda esta Orden, y era que, como lo ocurrido lo muestra, consiguieran, con el poder en la mano, la más fácil evasión al extranjero de los libros dañinos.

Pero no quiero utilizar sobre esos sofismas y depósitos de mercancías. Una cosa conozco, y es que hay errores en un buen gobierno y uno malo casi igualmente acaecidos; pues ¿qué magistrado no andará mal de información, harto más fácilmente si la libertad de las prensas queda ceñida al privilegio de unos pocos? Pero enderezar de buen grado y expeditamente los yerros, y en la su-

ma autoridad tener en más una franca advertencia de lo que para otros valiera un suntoso cohecho, virtud es, honrados Lores y Comunes, correspondiente a vuestras acciones altísimas, y de la que sólo sabrán participar los mayores y más sabios varones.

## ÍNDICE

<i>Liminar</i> . . . . .	VII
<i>Prólogo</i> . . . . .	XIX
<i>Análisis de la orden del Parlamento contra la cual va enderezada la areopagítica</i> . .	I
<i>Discurso acerca de la libertad de impresión, sin licencias, al Parlamento de Inglaterra</i>	3

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de septiembre de 2000 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. Se tiraron 3 000 ejemplares.